

castados al estilo de Chicho, que buscan remozar y explorar los viejos juegos familiares (incluyendo la mentira) para fines egoístas.

¿Cómo hacer frente a estos sabios ataques interiores a los cimientos de una sociedad? Por un tiempo, sugiere la novela, los antiguos valores imperarán todavía; en nombre de la familia y del futuro, el tío Enrique rescata a su yerno Chicho y hace encubrir sus crímenes. Los adultos que encabezan las tres familias lo tienen muy claro; para ellos, el futuro se concibe netamente en términos de sus descendientes, y toda mentira que ayude a éstos es buena. Pero para los jóvenes que han empezado a disgregarse del núcleo familiar, viajando y estudiando en el extranjero, rara vez reuniendo suficiente empeño como para encontrar pareja estable, el panorama no es tan claro. El drama del cambio que se ha operado en tan poco tiempo en la sociedad española lo viven agudamente los jóvenes: ¿qué mundo pueden forjarse cuando todo lo tradicional, cuando todo lo que era la vanguardia, «está quedando fuera de onda» (p. 163)? Viven, como dice el primo Hércules, «una vida provisional... Nunca sabes lo que va a pasar. Vives al día. A lo mejor te resulta un planteamiento frívolo pero el futuro no nos interesa» (pp. 108-09).

Este, pues, es el sentido de *Todos mienten*, una novela que cabalga entre un mundo caduco —la España de ayer a la noche— y un mundo que se está haciendo entre el timo y la inspiración, entre las mentiras piadosas y el fraude. ¡Que Dios nos coja confesados!

University of Florida

GERALDINE CLEARY NICHOLS

AA.VV. *Cuentos eróticos*, Barcelona, Grijalbo, 1988, 261 pp.

¿Será verdad que la literatura erótica está de moda, entre nosotros? La verdad es que no sabría qué decirles, pero es mala señal tanta insistencia machacona y tanto vano ajetreo. Quizá por eso de la moda, a Laura Freixas, autora de un excelente libro de cuentos y directora de la colección *El espejo de tinta* de la editorial Grijalbo, se le ocurrió pedir a una serie de autores un cuento erótico, «un encargo especialmente problemático».

Los que respondieron afirmativamente son los que figuran en la antología, cuyo único denominador común es que los autores son todos españoles y contemporáneos.

Entre los géneros literarios raros la antología es seguramente uno de los más, y no porque no se cultive, que se hace en demasía, sino porque siempre es una apuesta perdida de antemano, pues son muchos más los que se quedan fuera que los que se incluyen y a menudo el lector tiende a rebuscar en su memoria uno o varios nombres en los que el antólogo no ha pensado. Nosotros, que no somos de piedra, hemos echado de menos a Juan Marsé, C. J. Cela, Luis Goytisolo, F. Umbral, Juan Goytisolo, F. Quiñones y P. García Montalvo, por sólo citar unos nombres en cuyos libros, recordamos ahora, se encuentra alguna escena erótica especialmente lograda.

Hubiera sido también muy interesante saber quien declinó la oferta, aunque los nombres que aparecen son tan válidos como cualquier otros y suficientemente representativos de la literatura actual. Llama especialmente la atención la mezcla de estilos y edades: de Esther Tusquets a Ana Rossetti, de Torrente Ballester a Muñoz Molina. Y creemos que, puesto que no es un cuento, sobra el «esbozo del primer capítulo de una novela en preparación» de Torrente Ballester, hoy ya publicada con el título de *Crónica del rey pasmado* (1989).

Parece ser que el invento, al menos económicamente, ha funcionado bien, pues en poco tiempo ha aparecido la segunda edición y en un año se han vendido veinte mil ejemplares. Literariamente, aunque la idea del libro es buena el resultado no lo es tanto. Algunos relatos parecen escritos demasiado aprisa y nos topamos en ellos con incorrecciones léxicas, sintácticas o semánticas («una carretera infame que pedía a gritos soledad automovilística», «preparó dos platos fríos y lo dispuso sobre la mesita enfrente a la televisión», p. 43: «¡Estás loco! —gritó ella, tratando de desembarazarse de mí». / —Una vez te desembarazaste de mí», p. 151; «una discoteca, bastante de buen tono», p. 254; «no le prestó, pese a la obvia amabilidad, demasiado caso», p. 255) o con un final tan ingenuo, que nos hace reír, cuando no parece que fuera ese el propósito de la autora: «Estallé como una flor rota. Desflaqué. Entonces exhausto, me retiré» (p. 152). Parece un remedo de *La venganza de don Mendo*.

No sabemos si es necesario insistir más en el prestigio de que hoy goza el cuento en España, sobre todo entre los autores que han empezado a publicar después de 1975. A ello ha contribuido tanto la prensa y las revistas literarias y culturales, que los recogen con cierta frecuencia, como las editoriales, que tan remisas se mostraban hasta hace bien poco a publicar libros de cuentos. Así, pues, en este doble reverdecimiento del cuento y de la literatura erótica (el lector interesado encontrará una explicación más detenida en mi trabajo: «La literatura erótica en España entre 1975 y 1989», *Ínsula*, en prensa) hay que enmarcar la aparición de esta analogía.

Como tendemos a creer poco lo que anuncian las cubiertas de los libros, aunque en ellas se reproduzca —como en este caso— el *Diccionario de la Real Academia Española*, nos hemos preguntado si lo que se nos daba como cuentos eróticos lo eran. Uno de los que más nos ha interesado, «La niña lunática» de Esther Tusquets, no creo que sea un cuento, ni por su construcción, ni por su trazado de los personajes. Por cierto, el personaje de Silvia, en este relato, nos parece uno de los mejor perfilados, uno de los que más vida tienen, de todos los que aparecen en el libro. Tampoco tiene trazas de cuento el de Vázquez Montalbán, más bien parece un breve episodio desgajado de una novela. Ambos textos tienen en común que nos muestran situaciones vitales que se repiten, seguramente porque no parecen tener salida y todo su encanto, digámoslo así, estriba en la esperanza de que llegue a romperse lo que parece condenado a no tener arreglo.

¿Son eróticos? Podríamos incluir dentro del género los que García Hortelano, García Sánchez, Lourdes Ortiz y Ana Rosetti, pero algunos de los relatos que se incluyen en esta antología no los consideraría eróticos ni el censor más cerril. Los de P. Díaz-Más y Lourdes Ortiz tienden a la parodia, el de aquella utiliza la estructura y el tono de las vidas de santos, de niños mártires, tan de moda en la postguerra, que Juan Goytisolo usó en su episodio de *Señas de identidad*, y el de la segunda es una afortunada recreación de la relación entre Carroll y Alicia. Los de García Hortelano (que podría haberlo firmado y filmado, si me permite la licencia Cabrera Infante, R. Azcona), Giménez Frontín y Tomeo acaban en sorpresa, el uno con una relación

homosexual, el otro paseando un perro y el tercero en la cárcel, cuando los protagonistas se las prometían mucho más felices. Otros adoptan un tono misterioso (Gándara, Ferrero), jocoso, etc. En los de García Sánchez y Muñoz Molina, que están entre los mejores, encontramos un análisis de caracteres. En «La hamaca de los tilos», del primero, se nos narra la callada lucha psicológica y física entre Ana, niña bien, y Jaime, poeta. Una curiosa relación, entre pública y privada, que transcurre entre la excitación, la repugnancia, el deseo y el desamor. El de Muñoz Molina, «Un amor imposible», muestra las tribulaciones de un individuo que posee el acuerdo de la mujer que ama, pero nunca su voluntad ni su deseo. El texto de Tomeo, «El miope», cuenta el desmascaramiento de un miope, en una delirante conversación, en el banco de un parque, y sus fatales consecuencias. Según el autor, forma parte de «una serie de historietas o cuentecillos que tienen en común la miopía de alguno de sus personajes centrales. La miopía, pues, considerada como supremo arquitecto que hermana y conexas a los hombres» (*vid. Las Nuevas Letras*, núm. 8, 1988, p. 21). Ya han aparecido varios de esta serie y sólo adquirirán su pleno sentido cuando en 1990 aparezcan en forma de libro, con el título de *Problemas oculares*, en la editorial Anagrama.

En esta antología, que tiene los defectos propios de su género, se nota demasiado que más de un cuento ha sido hecho de encargo y con demasiada prisa, pero en general es un libro de lectura placentera y agradable que, al menos, no aburrirá al lector. No es poco.

Universidad Autónoma de Barcelona

FERNANDO VALLS